

**¿UN IDEARIO PALMERO? LA FRAGUA DE ESCRITOS,
PENSARES Y DECIRES**

José Ángel Rodríguez Martín
joanroma@ull.es



JOSÉ ÁNGEL RODRÍGUEZ MARTÍN (Tazacorte, La Palma, 1947) Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido miembro de diversas asociaciones, organismos e instituciones, entre ella el CS de la RM Biosfera de La Palma. Ha ocupado diversos cargos académicos y tenido estancias como profesor visitante en Canadá (UBC e I.S. Frazer de Vancouver), y en Chile (ILPES-CEPAL de Santiago). Ha impartido seminarios en el Instituto de Desarrollo de la U.T. Berlín, la Universidad Toulouse II de Francia y la U.N.T. (Tucumán, Argentina). Ha ocupado cargos académicos y colaborado en medios de comunicación. Fue catedrático de Economía Aplicada en la ULL (jubilado desde 2015).

¿UN IDEARIO PALMERO? LA FRAGUA DE ESCRITOS, PENSARES Y DECIRES

José Ángel Rodríguez Martín
Universidad de La Laguna

*Buscar las raíces es una manera subterránea de andarse
por las ramas. (José Bergamín).*

*Vemos las cosas no como son, sino como las vemos. (El
Talmud.)*

*La calidad del espacio es lo que permite pensar y respirar.
(Ptolomeo.)*

Nota introductoria

Lo contenido en este trabajo no transcribe lo expuesto en la conferencia pronunciada en la Real Sociedad Cosmológica de Santa Cruz de La Palma el 12 de septiembre de 2020, al menos en su literalidad. Siempre en la transmisión real, el autor que no se limita en su exposición a leer un texto manuscrito, es difícil que resista la tentación de alguna digresión u ocurrencia acerca de lo que acaba de emitir en momentos puntuales. Asimismo, cuando se quiere sintetizar lo narrado a viva voz, apreciamos que para el tiempo de lectura la composición es preferible que tenga una estructura articulada de otro modo. Finalmente, tengo otra razón para haber adoptado esta bifurcación. El material que me ha servido de fuente para aquel evento presencial, lo he ido aumentando con el paso del tiempo. A fecha de hoy, tengo un voluminoso borrador de lo que puede ser una próxima publicación más propia de un estudio o ensayo de libro, que para un artículo al modo del aquí incluido.

Todo efecto tiene su causa. Cuando el profesor Julio Antonio Yanes Mesa tuvo la deferencia de invitarme a este Congreso, mucho debido a mi condición de palmero y antiguo compañero de Facultad, mi aceptación agradecida no estuvo algo exenta de los impulsivos embarques en que a veces nos aventuramos. Especialmente tras sugerirle el título de un tema apenas tangencial con el de mi especialización, la economía. Ciertamente es que las varias ocasiones donde he reflexionado sobre la problemática palmera, me había rondado si existiría alguna intrigante piedra filosofal o Santo Grial, con el que desenredar obstáculos y encontrar catapultas desde una virtuosa lanzadera. Y es que nos motiva especialmente el diseño de una senda exitosa que lleve a la ansiada prosperidad sostenible. Al fin y al cabo, no son pocas las escuelas económicas que están relativizando el papel de las dotaciones de recursos, en pos de focalizarse en estratégicos intangibles que son decisivos en las alternativas y las agendas selectivas de políticas y acciones. Nos referimos a conductas o comportamientos, expectativas de escenarios posibles y deseables, el amplísimo mundo de lo institucional... Un instrumental que está enriqueciendo mucho las miradas y diagnósticos de una disciplina que viene estando muy abducida por los formalismos abstractos y los recetarios mecanicistas.

Aterrizar en una realidad concreta, encontrar las balizas que guíen al tomar tierra y pista, es hoy el ideal para la práctica de quienes buscan ayudar a solucionar los problemas que tienen las gentes, territorios e instituciones. Una manera de poner a prueba cuál es el campo de visión panóptica, las dosis de sensibilidad que se aplican a los entornos, y qué bagaje de humildad contiene su saber. Premisas a valorar, junto a la de estar abiertos a los aportes de quienes dominan y son profesionales de otros conocimientos convergentes. Ya lo había dicho Kant hace larga data cuando advertía que existían dos fuentes radicalmente diferentes del conocimiento: la sensibilidad y el entendimiento. Por medio de la primera, nos son dados los objetos, y por medio de la segunda, son pensados esos objetos.

Desde mi plataforma de lo económico, ¿qué me condujo a fijarme en un ideario nebuloso sobre la isla? La explicación no encierra misterios cabalísticos. Como es sabido, en economía una de sus cadenas básicas de interacciones reconocidas es la que constituye la de decisiones-comportamientos-organizaciones-acciones-resultados. Todo un complejo de procesos con intensidades combinatorias de talentos y saber hacer, capacidades y fuerzas en el estar y permanecer, aprendizajes y dominios para manejar tiempos y metas, obtener experiencias de sus cálculos y gestiones en los balances positivos o fracasos. ¿Dónde se cuelan los imaginarios en la cadena? Pues en dos planos, principalmente: en todo lo que tenga que ver con el factor humano o personal de los agentes operantes, y en segundo término, en cómo es ponderado el terreno de juego, es decir, el territo-

rio-escenario por parte de quienes eligen, deciden e intervienen. Y en un plano catalizador, el de las instituciones (normas, organismos, información estratégica, valores, incentivos, expectativas...).

Ahora bien, en mis escasos referentes que tenía de lo imaginario, no sospechaba lo más mínimo que su trasfondo estuviese tan densamente interrelacionado y poblado de categorías y conceptos que se ramifican con tantas involucraciones de distintas disciplinas. El deseo hipotético era creer que me iba a servir de lazarillo para tantear si hay arquitectura de un hilo conductor que nos muestre vínculos relacionales que son originarios del «alma palmera». Acabé asumiendo que esto era bastante más complicado. Necesitaba profundizar lo que pudiese en los campos de la identidad, el contexto de insularidad y el debate no libre de pasiones y especulaciones acerca de sesgos patrióticos o cosmopolitas. ¿Existe un rastro de los mestizajes y de las devociones en creencias, símbolos, leyendas y mitologías? Todo un reto para ponerme las pilas al objeto de extraer, al menos, ciertas verdades y referencias imprescindibles.

De ahí que, en este artículo, adopte un estilo expositivo de apuntar y no de hacer afirmaciones imbuidas de impostada autoridad. Creo que por eso me corresponde esclarecer, antes que caer en otras divagaciones, qué significados le damos a los términos conceptuales que se manejan y cuáles son los enlaces que se deducen pertenecientes a considerandos, más encajables en los enfoques ensayísticos.

Hagamos mención, en este epígrafe introductorio, de nuestro interés explícito en integrar este tratamiento de lo imaginario en dos perspectivas circunstanciales: una primera, no concebimos el tema como el *reset* del disco duro de una memoria del pasado, de nuestros recuerdos y vivencias subjetivas que están adheridas a un corpus interpretador; en una segunda perspectiva, estas son cuestiones que competen de lleno a los engranajes de lo comunicacional, al estilo de las narrativas o relatos, el papel ejercido por los medios, el rastreo de los quién es y cómo se establecen en la sociedad del lugar, esos estilos de opinión y de jerarquizar prioridades en las agendas del interés informativo. En definitiva, sobre la primera nos interesa aquello que pueda ser herramienta instrumental para proyectar futuro. Esas utilizables «cajas negras» que contengan artulugios para reinventar, ensayar innovaciones y enraizar tradiciones que convienen por su potencial el no quedarse fuera de juego, debido a su incapacidad adaptativa. En la segunda perspectiva se sabe que las soluciones de progreso y la resolución de problemas, sin una persuasiva estrategia comunicacional y de marketing territorial en la que se valore lo que se es y lo que se hace bien, el gran objetivo transformador acotará su radio de alcance. No hay estima y consideración sobre lo que se desconoce.

En este sentido, ensamblando ambas perspectivas, no parece baladí el indagar sobre lo que unos habitantes de un territorio, en este caso de esta isla, pretendan diseccionar de esas “huellas” no indelebles en sus mentes; de esas apreciaciones y lecciones que se pueden extraer en forma de indicaciones de lo ocurrido y lo que pudo haber sido, si no se hubieran modificado los condicionantes restrictivos de lo acontecido. En fin, el pensar subjetivamente, contextualizándolo territorialmente, constituye en principio un primer acto de no resignación a esos destinos prisioneros de imperativos que condenan al fatalismo y la renuncia al espíritu de lucha. Algo de lo que padecemos no poco en estas ínsulas, tan encadenadas por cierta adicción al estilo de «salvataje» en el gobernar.

De recuerdos y memorias, imaginarios e identidades

Nadie puede vivir sin recordar. Son los recuerdos de historias subjetivas y menos concretas, de la colectiva. Esos recuerdos se nuclean en el formato de una peculiar memoria. Una memoria que no es inclusiva, sino selectiva por naturaleza. Como dice E. Wiesel, sólo percibimos sus cumbres sabientes, borrando los subterráneos laberínticos. Sólo las vivencias traumáticas acompañan a los mejores escaladores y corredores de fondo experimentados en esas trayectorias vitales. Se dice por los expertos que la memoria y el olvido van de la mano. Olvidar no sólo es violar la memoria, sino como dice E. Wiesel, es privar a la persona de su derecho a recordar. La memoria significa la presencia del pasado; una presencia catalogable en lenguaje, imágenes u otras huellas materiales. Es verdad que la memoria es imposible que reviva o recuerde todo el pasado, todos los rastros de presencias que fueron vivas y activas. Por eso se acude a representaciones de aparentes configuraciones de ese pasado, aun siendo conscientes que existen olvidos y que dicha mirada retrospectiva no reproduce fielmente aquel paisaje vivido del pasado.

En agosto de 2020, no hace un mes, antes de escribir este trabajo, el diario *El País* en su suplemento de *Ideas*, incluía en su apartado de Ciencia un sugerente resumen de una investigación llevada a cabo por el filósofo Juan Arnau y el neurocientífico A. Gómez Martín, bajo el título de ¿Dónde se guardan los recuerdos? (*El País*, 23 agosto 2020). Los puntos que me ofrecieron mayor interés aludían a ubicar la memoria, depositaria de los recuerdos en la mente, el cerebro y no en un mero recurso literario del corazón. Sin embargo, ese registro tiene todavía elusivas interpretaciones del todo. Es muy comprensivo el anhelo del investigador desde épocas pasadas en “descubrir” una especie de «plancha» grabada de todo lo vivido. El «engrama» del psicólogo K. Lashley, parecía el ideal perseguido. Pero la realidad escapaba a esa pretensión. Posteriores avances

como el de los cambios en las sinapsis (conexiones entre neuronas), o la llamada plasticidad neuronal (minicopias de cosas en nuestras cabezas), la activación o inhibición de circuitos neuronales,... fueron descartando esos antiguos afanes de modelar lo que era inaprensible y ubicable en alguna parte de nuestros cuerpos. Hoy, las neurociencias, según señalan las y los expertos, no excluyen las conexiones del cerebro con otros órganos ante la fenomenología de la memoria y la cognición. El sueño de localizar el tiempo pasado en el espacio presente sigue vivo, pero hay otras posibilidades. La memoria es fundamentalmente cualitativa y emocional. Es una resonancia temporal, en lugar de una inscripción espacial. ¿Por qué los recuerdos afloran, entonces, en determinados momentos? ¿Cuál es la relación que tienen con las experiencias del presente? Lo cierto es que los recuerdos emergen asociados a sensaciones (musicales, olores, sabores, expresiones, colores, ...). Y eso permite revivir pasados en presentes.

De los imaginarios

Los imaginarios se nutren de recuerdos y recreaciones de la memoria, proyectando un ideal iconográfico y narrativo con plasticidad para cartografiar lo esencial del pasado y, simultáneamente, hacer de soporte y apalancamiento de los ejes de futuro. Los imaginarios pueden ser instrumentales para ciertos cometidos, ya que pueden movilizar actores y energías dispuestos a empujar hacia adelante para superar contenciosos del pasado. Y eso en el mejor de los constructos que fueran inculcados a los agentes operantes y a la opinión pública. Pero no es lo habitual. La mayoría de los imaginarios se ven contaminados por el síndrome de sus mitologías y leyendas, por un exceso de pasado y mística poco alineable a los estrechos pasillos que se exigen en las conquistas de futuro. Las «chispas» de contagio, los famosos *blink*,..., son azarosos éxitos del *serendipity* de turno. Así es y será en estos viveros territoriales que contienen sociedades con baja innovación.

Todo ser humano es un ente imaginante. Esa es la savia que individuos trasladan a grupos que se sienten aliados por diversos vínculos, persiguiendo instalar en los entornos normales en los que se desenvuelven sus vidas y proyectos, esas ideas-fuerza que responden a modelos mentales de preferencias en el estar y hacer. Es un afán de hegemonizar esa versión en la interpretación del pasado, presente y deseable futuro. Si se quiere, los imaginarios se entroncan a parámetros de una dominante mentalidad social que quiere reproducirse *aggiornando* unos esquemas de reproducción, no disruptivos con las inercias. Los colectivos reformadores, lo que realmente quieren es disponer de imaginarios que puedan pulsar los botones de reinicio en los exploradores emparentados con lo conven-

cional. Desde ese reformismo se concibe a los imaginarios como alternativos dinamizadores capaces de movilizar cambios en conflictos de envergadura y en polémicas ideológicas poco productivas. Serían contrapuntos a los habituales círculos que siempre conducen a las mismas impotencias frente a las salidas. Es posible que puedan remover liderazgos de las elites e instituciones vigentes, pese a no ser aparentemente tan cuestionados por la opinión pública. Es el clima donde no son evitables que erupcionen episódicos estallidos sociales y protestas atronadoras.

El prestigioso profesor de Antropología brasileño, Renato Ortiz, advierte de manera contundente que los imaginarios no buscan verdades contrastadas, sino creencias y visiones predeterminadas. Primero individualizadas, según hayan sido o son sus experiencias y vivencias, y luego, en lo que se entiende son espacios de lo compartido, imbricados en grupos o colectivos. El imaginario es una construcción simbólica donde se incurre a menudo, entre extremos de lo mítico y lo épico, al recordatorio de tragedias y episodios aciagos. En ese recurso del imaginario, son frecuentes las incursiones en donde se entremezclan adjetivos edulcorados con lamentaciones funerarias por la mala suerte. Son apelaciones a la psique y a elementos de sentimentalismo práctico. En sus mejores versiones, también pueden encontrarse análisis desprovistos de esa hojarasca, al estar centrados en un intento de fusionar lo material con lo artístico, los capítulos históricos y políticos más determinantes con reflexiones de personajes destacados sobre las entrañas internas de su urdimbre social y ontológica.

Señalemos el aserto de que es imposible pensar el territorio sin situarlo dentro de un enjambre de signos imaginarios y de una iconosfera. De la abundancia de tópicas imágenes, más o menos importadas, que le han sido colocadas por «fuerzas vivas» imbuidas de querencias exóticas, dependerá naturalmente que el territorio y su gente pueda o no ser tomada muy en serio por quienes nos perciben desde fuera, o por aquellos lugareños que rehúyen en participar de esa feria de vanidades y baratijas, asumiendo el inventario de objetos al modo de *souvenirs* y dichos vulgares. Nunca un imaginario con semejantes pirotecnias, puede aspirar a ser un núcleo referencial al que acuden quienes quieren comprometerse con retos y proyectos de espíritu transformador.

Por ello es muy importante proceder a barridos críticos, periódicamente, en los listados de lo que se esgrime como el canon que define la idiosincrasia y lo arquetípico del lugar. Una tarea que siempre se tropieza con la existencia de estereotipos, esto es, moldes exagerados y simplificadores, sistemáticamente basados en prejuicios que confiesan rechazos a individuos y pueblos que no son vistos con empatía, o siquiera, respetuosa indiferencia. A propósito, la grandeza y venganza de los estereotipos es que una parte significativa de los retratados y

clasificados, tienden a observar las pautas y estilos del cliché estereotipador. Para los psicólogos sociales esa conducta gregaria forma parte de psiques y personalidades que sienten la necesidad de afirmarse siendo parte integrante de esa comunidad, mediante el asemejarse a la mayoría de sus paisanos. Una manera de medir esa fortaleza que mezcla estereotipos y calajes de idearios, es la de expresarse colectivamente en las calles o fechas señaladas secundando alguna llamada de la patria. Los brebajes de identificaciones y manipulaciones.

De las identidades

En realidad, la identidad es una suma de «pizcas» varias; una compilación de partículas nutridas por el entorno, pero cocinadas por nuestro yo individual y colectivo (R. Ortiz). Un entrecruce de subjetividad individual y matriz social, la del sujeto colectivo. La identidad representa, o aspira a ello, a ser el sello, las claves distintivas de un espacio físico y social en sus tiempos. Contiene las huellas históricas que le han ido impactando; en consecuencia, es el producto simbólico, donde se hilvanan vivencias acaecidas sobre unos condicionamientos materiales con un sistema de poderes y una red influyente adobada en una mentalidad social que fue generada por ideologías, creencias religiosas y hábitos sociales. Las comprobaciones de los hechos, subrayan que esas maquinarias de influencia casi siempre han sido tuteladas por las élites dominantes, y no por insurgentes gobernantes.

Es ineludible que nos hagamos preguntas como las siguientes en la esfera de lo identitario: ¿qué graban en nuestras mentes y sentimientos los lugares de nuestras vidas? ¿qué ataduras va dejando y qué fluidez lubricante ha permitido ir cambiando nuestras pieles e imágenes del perfil propio con el tiempo, internalizando las fijaciones agradables y los sufrimientos de las «malandanzas»?

La identidad, en efecto, es revisable y puede resetear al pasado transformándose en memoria individual y supuestamente colectiva. Una operación en la que los influyentes y poderosos diagnostican «males» y rasgos a los que cabe confiar la suerte, pues esos agarraderos representan palancas morales, con las que sobreponerse en situaciones difíciles. Un constructo social que incorpora diversas creencias, dosis de ideología e interés, y rangos posicionales de su pirámide social. Ahí se acuñan las vitolas de los particularismos y los adhesivos que sustancian arraigos, pertenencias y deseos, a menudo defensivos, en la comunidad de un terruño.

La identidad más que un ser es un querer ser, urdida a la vera de las proximidades sociales, los parentescos y una cordialidad osmótica entre sujetos y objetos contenidos en esa geografía. De ahí que propenda a que en su radiografía se revele si en su armadura destacan los perfiles de autenticidad o artifi-

cialidad, y qué es lo emblemático en su exteriorización de prototipo, arquetipo o estereotipo.

La identidad acoge visiones filosóficas del «genius loci», el *zeitgeist* (espíritu de la época), que va permeando sobre individuos y colectivos. Ahora bien, progresivamente a medida que nos acercamos al tiempo presente, en las fortalezas de lo identitario van apareciendo declives y agrietamientos en los murales de las experiencias transmitidas frente a las experiencias vividas. Cada vez menos, las ligaduras que ataban a una “oficial” representación que reproducía en los sujetos de turno el ajuste al modelo estandarizado, se ven cuestionados por una especie de revisionismo personal basado en el propio cálculo que aporta el debe y haber de ese seguimiento. Esto es tanto más acusado cuando son tan diferenciales las genéticas de los contextos.

Aclaremos esta cuestión. Existen tipologías de identidades, que repetimos, son construcciones sociales cobijadas por circunstancias históricas muy específicas. De un lado, tenemos las identidades étnicas, donde raza o etnia, lengua, Dios y patria, concentran la argamasa de un sujeto colectivo predominante. El «volk», el pueblo, cerrando filas y entregando las almas individuales a las causas y voluntades decididas por las élites guiadoras de esa masa que se quiere uniformizada en pensamientos y preferencias. Frente a esa identidad, la de índole cívica, aquella que le confiere al individuo el estatus de ciudadano, por tanto, sujeto máximo de derechos a la hora de definir el formato de su sociedad con su correspondiente elección. ¿Cuánto de comunidad, de peso de la sociedad civil? ¿Qué controles sobre la representación pública en la democracia liberal? Dos tipologías que subyacen a ese corrimiento antedicho de lo transmitido a lo vivido.

En el magma de lo identitario irrumpe el cómo van asentándose facetas de la nosteridad y la alteridad. Tras esas manifestaciones, las dinámicas de cambios germinados desde la geografía, demografía, relaciones con el resto del mundo, la economía, las formas comunicacionales, los hechos históricos y políticos, la morfología de lo social, lo festivo y simbólico, las ideas y mentalidades, el protagonismo de personajes y los liderazgos.

Llegados a este punto, solo una breve consideración al tratamiento de nuestros ancestros y cómo fueron sometidos e integrados sin posibilidad de reconstruir su anterior modo de vida... Las investigaciones recientes están permitiendo con conocimiento suficiente, desmitificar leyendas y tópicos, poniendo en sus justos términos lo que es un proceso histórico, y no un cuento fantástico. Motivo para que recomiende especialmente, el esclarecedor ensayo del recordado amigo y profesor de Antropología, Fernando Estévez, sobre «guanches, magos, turistas e inmigrantes» (edición de 2019). En la misma línea, estamos conociendo científicamente el mundo de nuestros benahoritas con su patri-

monio en este Taburiente palmero; tarea llevada a cabo, sobretodo, por equipos dirigidos por el paisano Jorge Pais.

Los seres humanos necesitan sentir que pertenecen a un grupo cuyos miembros se les parezcan, como bien lo resume la psicoanalista I. Durand. Al nacer carecemos de identidad. Esta se va adquiriendo mediante instituciones de socialización y las propias relaciones sociales en las que se posiciona el individuo dentro de su entorno próximo. La familia, la escuela, la religión, las amistades, los medios sociales de información, la cultura y sus actos en los que tenga acceso, suponen esos vehículos identificantes que se complementan con los factores personales de carácter y equilibrio emocional de cada quien. Las personas, de manera lógica, irán proveyéndose de esas marcas de dimensión simbólica e imaginaria. La identidad, lo singular, se asimila y se abraza con distinta graduación identificadora, no faltando en esa evolución rechazos y deseos por encontrar perfiles no comunes.

Del *habitus* y la identidad. La taquigrafía social

Ese ambiente social, complejo y cambiante, constituye el *habitus* que imprime influencias en las personalidades y en las vivencias. Son plataformas mediadoras, como ya se ha dicho, moldeadoras de mentes y voluntades, puesto que inculcan creencias, ideas, juicios y prejuicios. Todo ello girando sobre afectos, interacciones y los transmisores, educando sentidos, eligiendo vocaciones profesionales, involucrándose en gustos, expectativas y sentimientos. El *habitus* propuesto por el francés P. Bourdieu, sería entonces el equivalente a un sistema de disposiciones en los que los sujetos del lugar aprenden a integrarse y en donde se adquieren los hábitos del actuar, percibir y pensar de una cierta manera, tanto en sus prácticas como en sus reflexiones, en su sensibilidad y mentalidad, en las valoraciones del amar y morir, y en su concepción del futuro. Una envoltura que le va dando avisos para que defina el tipo de ciudadanía que asume, y si en esa condición juega alguna función la ideología y la militancia activa. Serán esas oportunidades de concienciación y el peso de las circunstancias, las que determinarán si eventuales compromisos se ven acompañados de rasgos identitarios o no.

La identidad es una vivencia individualizada de la comunidad de los semejantes; es una declaración implícita de arraigo, de sentimiento de pertenencia y de compartir costumbres, valores y metas de «país». Ahora bien, la esfera de autoestimas o extrañezas son derivas que producen los interesados en función de lo que ponen de su parte y de los contratiempos que le puedan surgir.

Toda identidad es relacional. Lo que somos, o creemos ser, forma parte de una red compleja de interrelaciones sociales y territoriales. Dice muy bien

M. Kundera cuando señala que los individuos no existimos, o no nos sentimos existir, si no nos sentimos percibidos por un otro. El yo y el nosotros cruzándose miradas e intercambios con el ajeno, la alteridad de los otros. Contactos que provocan contrastes de conciencias, saberes, preferencias, expectativas, costumbres y valores, lenguas y signos, intereses y posiciones de poder. Unas dialécticas que tantean las capacidades de resistencia (defensas), la permeabilidad a lo que ofrecen los otros, o lo que asimilan de lo nuestro (posicionamientos de avance). ¿Dónde quedará relegado lo auténtico? ¿Acaso serán reliquias que pasan a un museo de recordatorio existencial? Lo que se dilucida en esos encuentros, o batallas de lo que es distante y lo próximo, son los dominios mentales y de correlaciones de fuerza entre estatus de poder y de relaciones.

Es una constante del debate sobre formación, conciencia e identificación el emparejar lo que gravitan los talentos, esos trasuntos de nuestra dotación de genes, con el grado de incidencia que produce el habitus socializador. Ha sido muy positivo que, en medio del combate de talentos y talantes, de lo que damos de sí por nuestra codificación genética y mental y de cual es el aporte real de lo culturalizador frente a lo primero, llegase la comandante de la neurociencia con sus espectaculares avances científicos, y pusiera un cierto orden, o los puntos sobre las íes, en la fenomenología de pensamientos y decisiones respecto a emociones y sentimientos. Los estudios del cerebro (Damásio, Maturana, Mora, ...) revelan que lo que ocurre en la realidad a lo que nos llega a cada uno en nuestras cabezas, lo primero que reacciona es lo emocional y sentimental antes que las razones y pensamientos. Ese ritmo secuencial, trastoca radicalmente los supuestos del debate clásico entre genes y formación. En el telón de fondo de esta trama, es decisivo el protagonismo de lo comunicacional (lenguajes y contactos).

El ovillo de la identidad, va soltando cuerdas entrelazadas con memorias, recuerdos e imaginarios, constituyendo gigantescos puzles de estructuras laberínticas. Ante esa complejidad, nos ha parecido una bendición metodológica, la propuesta formulada por R. Ortiz. Apela a una técnica del mundo de la información, ya antigua pero no percedera y siempre útil: la taquigrafía. Fijemos la atención en una taquigrafía social, consistente en un núcleo básico de representación de esa ingente realidad multidimensional. Preguntarnos ¿Qué fibras vitales han configurado el entorno de nuestro vivir? ¿Qué es lo seleccionable de nuestro ambiente espiritual y nuestras categorizaciones de lo material, lo festivo, el amor y la muerte, la sentimentalidad, el prójimo, nuestros anhelos, las pequeñas cosas que hemos adoptado como acompañantes de lo cotidiano y de nuestros anhelos de porvenir? ¿Cómo mantenemos el armazón de miedos y esperanzas, soledades o el habitar entre multitudes, los vacíos y las plenitudes, el amar y no ser querido y necesitado? Esa manera de abordar por R. Ortiz, es lo que verdaderamente interesa a la gente,

pues rompe las costuras de ortopédicos corsés con heurísticas y hermenéuticas de intragables manejos para ser entendidos, comprendidos y ensayados en los hábitats y lugares a los que queremos no sólo guardar en las memorias de nuestras vidas, sino en participar con más gente para mejorar las condiciones existenciales, y hacerles la vida más feliz a sus habitantes.

Un apunte sobre la insularidad

¿Tienen los insulares exceso de ensimismamiento y asumen su perifericidad? ¿Saben gestionar su relación con las otredades y sienten que su ideario insular es como el definido por Joyce, el ser una mezcla de silencio, destierro y astucia? Confieso que he leído con los cinco sentidos *Isla Militante* de A. Puente (2019). He aprendido mucho y extraído buena información. No hay un arquetipo del vivir en islas y deducir un prontuario del buen sentir que te estás realizando y apurando en tu potencial creativo y existencial. Por eso entiendo que lo importante es no caer en torpezas emocionales, esas que empiezan por valorar mal aquellos sentimientos de los ajenos que no concuerdan con los propios, u olvidarse que sentir no es saber lo que se siente. Lo relevante es lo que decía E. L. Thorndike, el padre del conductismo: inteligencia social es la capacidad para comprender a los demás y actuar con sensatez en las relaciones humanas. Remítanse por tanto los interrogantes a los que puedan enfrentarse los insulares a ese básico objetivo de ser ciudadanos activos, solidarios y amantes de aquello que implique ser sostenible e inclusive.

Me ha interesado con gran curiosidad lo que autores cubanos, concretamente, han reflexionado sobre la insularidad. Dejo de lado ese mundo de lo poético y del barroquismo caribeño, para centrarme en dos ideas-fuerzas de alto contenido analítico. El gran escritor Lezama Lima aplica a la evolución de la insularidad una analogía de lo que le provocan las oleadas marinas de marejadas potentes. Esos fenómenos conllevan a continuación resacas fuertes tras las retiradas de las crecidas. Esta imagen de las resacas es muy sugerente. En su análisis, lo foráneo llega a las costas insulares con frecuencia acompañando a esos determinados momentos. Traen consigo bastantes novedades, incluidas ideas y nuevas creaciones culturales. Llegan con el oleaje fuerte y se retiran dejando sembrados de aquello que no pudieron desembarcar por cauces formales. Los lugareños rescatan, reparan, adaptan y simbiotizan esos legajos y residuos. La isla, las islas, reciben una vez más una especie de maná empujados por las mareas del mar y la acción de los extranjeros. Esos dos Ulises que vuelven sin escapar a la llamada de estas ínsulas. ¿Y en Canarias, cuáles han sido nuestras resacas?

Nuestros buenos historiadores se están encargando de devolverle al patrimonio cultural de las islas esos testimonios documentados de lo que significó

el Atlántico, el azúcar, el trueque, el contrabando, la emigración, los pactos cortesianos, los puertos francos, la independencia cubana, las logísticas del imperialismo, ... ¿Eran marejadas de lo que llegaba y luego se retiraba porque habían agotado el ciclo del interés? Una perspectiva que agradecemos al significado conceptual de la resaca de Lezama Lima.

Las islas son esos espacios clausurados, pero con puertas abiertas al mar, el océano. Cerradas sobre sí mismas, pero atentas y predispuestas a lo de afuera. Insiste Domingo Pérez Minik en la condición humana del insular (1968) que a las premisas de aislamientos, intimidad y cosmopolitismo, es el extranjero o lo de afuera, quien le provee a esos habitantes un pretexto de respuesta creadora. Ello tras afirmar que no existe ningún lugar más cargado de riesgos para la independencia de la criatura humana que una isla. Las islas, prosigue, se debaten siempre entre dos fuerzas irreconciliables. De una parte, existen como una gracia caída desde el cielo que se convierte en la belleza de una naturaleza singular o fecunda en un fresco alisio, en una fácil independencia. De otra parte, existen como una condenación, exponente espiritual de su aislamiento físico. Las islas se debaten entre el micromundo de sus tierras emergentes entre la mar y esa inmensidad de agua que induce a navegar hacia remotos horizontes. Los insulares se ven obligados a tener que optar entre el enroque o la aventura. No pueden eludir ser jugadores no acosables por fuerzas implacables que practican los jaque mates.

Es verdad que las islas acuden siempre que tengan medios a dispositivos para filtrar las entradas provenientes del resto del mundo. En casos excepcionales, deciden rechazos. Pero lo más frecuente por imperativos de sus dependencias y supervivencias, sea que opten por las ventajas de seguir conectados mediante estrategias que sorteen sus destinos antes que rendirse. Son conscientes sus decisores en las debilidades para resistir embates de cierto calibre. A menudo, a las islas se les caracteriza por los rasgos relacionados con el tiempo y el espacio-distancia. A saber, sus ritmos propician cadencias, pues no encajan bien con los frenesís del acabar y la rapidez. Chocan con estilos donde lo lento no se adapta bien a la ausencia de alternativas asimilables por sus biorritmos sociales. De otro lado, las islas han instalado en la visión de los continentales que son lugares ubicados en las lontananzas de las cartografías. Un ideal mítico que les ha venido bien como atrayentes turísticos y santuarios de retiros para reponerse y reencontrarse después de los ajetreos típicos del primer mundo. En realidad, esos supuestos de tiempo y espacios responden a enfoques psicogeográficos y no tanto a meros atributos físicos. Esos considerandos, trufados de carga cualitativa-emocional, nos plantean dilemas de certezas o ambigüedades sobre la proclividad a flor de piel de una supuesta sensibilidad de los insulares, o en si dentro de sus creencias anida una reivindicadora teleología donde sus fines

remueven el triste pertrechamiento de los medios con los que frecuentemente arguyen sus representantes en los petitorios de sus males estructurales. Confieso que no me entusiasma el arrebató de esos clarines y los quejidos de quienes hablan en nombre de los no liberados de los yugos de la pobreza. Cada casuística es un compromiso para resolver seriamente problemáticas. El generalizar casos en base a genéricas deformaciones estructurales, es un exceso de simple ombli-guismo y del acallar responsabilidades no siempre ajenas.

Concluyendo este epígrafe. Hemos comprobado lo resbaladizas que son las asideras de los envases morfológicos y de los contenidos que pretenden reflejar discursos de imaginarios e identidades. Las excepciones al molde son prácticamente las reglas más frecuentes. Con todo, las miradas introspectivas y las de cómo son nuestras relaciones con los otros, no dejan de ser saludables por cuanto generan colaterales tratamientos sobre esa misma realidad. Séase explorando el historial de los nervios vitales o con los aportes de lo colindante, lo relevante es si con esos materiales nos iremos conociendo mejor. Y otro punto anexo a ello: si el debate público y la incorporación de opinadores avivará un mayor interés social. Razones que siempre acarrearán más beneficio comunitario que el dejarle un dominante protagonismo a evanescentes y especulativos estados de opinión asentados sobre palillos de dichos y ocurrencias.

Adentrarse en el saber más y mejor de nosotros responde a pulsiones de cambios en los procesos creativos y en aquello que altera la mentalidad social acomodada e imperante. Taponar agujeros de ignorancias es observar lo dicho por el gran medievalista francés Le Goff: si no hay cambio se muere a fuego lento. Lo permanente no puede ser el sosiego de la seguridad como proclamaba Azorín, ni la nostalgia tenga que ser el producto de un exceso de identidad. No debemos levantar paredes con los viejos cascotes de nuestro caminar. Si de verdad queremos pensar con nuestras emociones y sentir con los pensamientos menos superficiales, saludemos que se generen esfuerzos intelectuales en el indagar sobre imaginario e identidad, no como si fuese el sorteo de un alma gemela. Un pecado que al decir del filósofo Flores D'Arcais, solamente trataría de enjugar vacíos, soledades y miedos.

Antes de entrar en los epígrafes específicos de La Palma, estimo necesario precisar por qué lo que se expondrá debe leerse con prevención y tolerancia. Quien reflexiona es un sujeto concreto condicionado por su condición, circunstancias de la época, experiencias, ideas y preferencias, por no decir intereses de algún tipo. Quiero decir que la cuota de subjetividad se desliza sin sigilo por las páginas que pondera a las suposiciones de lo palmero. Es una visión de parte, a lo que me gustaría fuese un argumentarlo entre otros que podría acoger un serio debate de esta temática. Como se comprobará, expreso sin disimulo hechos y

gustos de lo que sucedía en mi alrededor, y que fui filtrando con un personal equipaje interpretativo al que la moviola ha rescatado desde mi visionario actual. Estos ejercicios del revivir con riesgos de revisar, equivalen a las trituradoras desmenuzando eso que el recordado profesor don Leoncio Afonso llamaba en sus escritos «las creencias petrificadas en la conciencia». Inevitables los desajustes con lo que no fueron testimonios del tiempo coetáneo. Y otra clave a tener presente: el autor de este texto un tanto introspectivo se ha adentrado en su fase septuagenaria. No le queda mucho para dejar de pisar esa tierra y no perder de vista sus costas y mar en lo que fue su hogar permanente hasta los 18 años, y a la que luego volvería temporalmente tropecientos veces. Existen matices, a propósito, entre observar el escenario y vivir sus pulsiones desde dentro, esto es, estar en las entrañas rumiando su cotidianeidad y viviendo con sus paisanos el desenvainar armas para batallar futuros. ¡Cuánto beneficio analítico hubiésemos tenido con crónicas diacrónicas de comparativas históricas, donde autores parecidos aplicasen en diferentes épocas relatos con estructuras similares! No siendo ello algo existente, solicito licencia para darles mi versión, que si de seguro tiene algo, es la de no pretender ser canónica.

El desafío de construir un imaginario palmero

Si le preguntásemos a quienes le dan vueltas a lo de ser palmero buscando con ello quedarnos con un retrato mínimamente aceptable en su aproximación cualitativa, de seguro que debiéramos elevar a la rosa de los vientos esa proeza de un *urbi et orbi* sobre el alma representativa de los habitantes de este lugar. Aunque ello fuera el de una isla que viene arrastrando dichos más propios de estereotipos, que los usuales datos obtenidos por encuestas sobre lo que opinan los habitantes acerca de un panel de variables temáticas. En realidad, no hay método establecido conocido que conlleve a precisar cuál es el cuadro de rasgos específicos, muy particularizados, que reflejen esos reclamados prototipos de identidades e imaginarios. Habiendo indiscutibles evidencias en que todos los nacidos y criados en un lugar reciben señales que corresponden al entorno de su pertenencia, y que en nuestra esfera imaginante le trasladamos al sitio supuestos identificadores de esencias constitutivas, lo que nadie discute es que tales ejercicios son poco sólidos analíticamente.

La heterogeneidad de individuos por sus condiciones materiales, experiencias vividas, biografías personales, interés en esos asuntos de la personalidad colectiva, motivaciones en sus compromisos sociales, ..., caen en el mismo problema que el de encontrarle la horma a identidad e imaginario, ¿existe un palmero-tipo representativo de la diversidad personal? ¿no es otro constructo social

al que se cuelgan a voleo piezas populares de costumbres, fiestas, expresiones e imágenes que se han conservado durante generaciones, ...? ¿los pueblos tienen tribunales reconocidos y respetados cuya misión sea la de definir el canon, el tablero de mando, que obliga a ser creído, seguido o no ser puesto en duda? Estamos refiriéndonos a campos borrosos, ambivalentes, no enraizados fijamente. Ceremonial que implica a personas con actitudes y creencias no uniformes. Una música colectiva con mucho babel en su pretendida melodía. En definitiva, démosle la debida relativización a este tipo de ejercicios que, como tantas otras cosas, será apreciada por gustos de distintos paladares.

No deben confundirse las creencias con las percepciones. El sentirse orgulloso de un lugar, quererlo y luchar por causas nobles de su bien común, es consustancial a personas agradecidas y concienciadas. Hasta aquí estaremos de acuerdo. Pero ese colectivo responde a experiencias contextualizadas y vividas de manera conciliatoria o conflictiva con las circunstancias que le ha venido ofreciendo su ambiente próximo y relacional. Por tanto, habrá gradientes distintos de reconocimientos y exteriorizaciones por ese hecho. Sin embargo, habrá otros colectivos que no siguen pautas semejantes, abarcando desde discrepantes y renegados, al de esa inevitable legión de indiferentes que alegan estar en otra cosa. Es la realidad social, y así tenemos que matizar en nuestros relatos que no solo hay historias de héroes cabalgando bajo una misma bandera.

Vamos a incluir un listado de vectores influyentes que concurren o han tenido protagonismo en la isla palmera. Todos y cada uno de ellos han pivotado con distinta intensidad y transversalidad en la vida de las y los palmeros. A veces físicamente. Otras compartiendo momentos con cercanos y ajenos. En esferas diferentes, formando parte del mismo mundo referencial del que han llegado distintos testimonios y moldeados de los mediadores (familias, educación, medios de comunicación, amistades, productos culturales, ...). De otra parte, tenemos la concreta vinculación con lo religioso y lo espiritual, o lo vivido en planos íntimos, fueren de los afectos o ante la muerte y otros valores capitales.

El trabajo que tenemos entre manos está lógicamente acotado en su extensión. Es cuestión, entonces, de hacer algo que recogiendo esos vectores confluyentes, contengan al menos las palabras y frases claves que les son reconocibles. Entendemos que este listado es el que viene condicionando y posibilitando a las vidas, conductas y acciones. Son las que nos inyectan la adopción de valores y pensamientos, lecturas del lugar en el que vivimos. Pero es también la matriz de coordenadas que acogen al habitus, el sistema de dispositivos mediadores que nos socializan e incardinan durante los ciclos vitales de permanencia en el territorio. Y es asimismo el conjunto de puntos de señalización que orientan al mapa orientador del cómo es la realidad palmera. De ahí

que sea nuestra carta de presentación que pueden visualizar terceros y que para los nativos nos sirve de guía autorreferencial e interpretativa del cómo somos. Esos vectores contienen los anclajes y palancas vitales, en definitiva.

Vectores influyentes, incardinantes

La geografía, la tierra

Dimensión topofílica dominante. Topofobia circunstancial en desafortunados y carentes de alternativas accesibles en el lugar. Ser y habitar en una naturaleza bien valorizada. Cuánto del patriotismo palmero es como decía Ortega y Gasset, una fidelidad a los paisajes de sus recuerdos y vivencias. Imperativos orográficos y de recursos-soportes (agua, suelo apto para el cultivo, inputs con potencialidad de aprovechamientos industriales, ...).

La demografía y lo social

Mestizaje por la fuerza y la conveniencia. Hábitats marcados por el puerto y los cultivos de exportación o subsistencia. Las heridas vegetativas en la dinámica poblacional por la emigración, las pandemias, las guerras y las oportunidades de empleos y emprendimientos. Superadas las escuálidas esperanzas de vida del pasado, registra cuasi estancamientos censales en los tiempos recientes. Los alisios de la modernización. Los cambios de dominaciones y los correajes mentales. Viviendo la democracia imperfecta. La ausencia de nostalgia social por los tiempos pasados y sí por determinados valores relacionales y paisajes amados.

Habitar en lugares connotados por esta insularidad

Nuestra dialéctica ciudades-campos. De la cotidianeidad del pasado subdesarrollo, al equipamiento deficitario de un estado del bienestar. Tipología de la pobreza palmera: más austeridad que imposibles tenencias. Las mudanzas en lo estético y en lo disponible de los espacios públicos. El cuesta arriba para avanzar en la calidad de vida y en la erradicación de focos de exclusión y pobreza. Del urbanismo de choque al aspirado ordenamiento sostenible.

La Conquista, con sus secuelas no cerradas de los repartimientos

Nuestra maldición de los recursos. Conquistar fue asignar poderes y licencias de dominios. Las herencias con cláusulas de gatopardismo por siglos. La reptante ósmosis posesiva: desde la base de propiedades de tierras y aguas, al mando político y mental. Las santiguadas alianzas: monedas, cruces, espadas y clientelismo de castizo estilo. Las dialécticas desiguales: murales físicos, virtuales y con episódicos sangrados.

Las condiciones materiales de las existencias

Nuestra genética evolutiva de la desigualdad: menguan los pocos con mucho, crecen los del medio, todavía son bastantes los del menos. Casuística de los márgenes de maniobra para crear valor: barreras, incentivos, operadores y dependencias. Situaciones de bienestar y malestar: sentencian los ciclos de los productos, atemperan los paliativos de remesas (antes) y de las ayudas institucionales (ahora). Mutaciones internas y metamorfosis en las relaciones con el exterior: flotar como un corcho al vaivén de lo exógeno. Las arraigadas esperas a los flautistas de sorpresivas oportunidades ocasionales. De tamaños y conectividades en una isla no capitalina.

El mar y la atlanticidad, el cielo y su prestigio investigador

De aquel prodigioso ecosistema de inserción como enclave en el Atlántico, a ser un punto secundario en las redes del actual mapamundi. Aceptablemente conectados, pero con débil poder de atracción. El puerto ya no es lo primero, pero sí lo que hace mantener los latidos de vitalidad. Pesca declinante, playas que cotizan al alza en los escaparates de seducción viajera. El cielo que puede ser gloria. Imaginando geos que nos puedan enganchar positivamente en las plataformas marinas y celestiales.

Las historias, esas madejas que han tejido nuestras crónicas referenciales

Historia política: la España de miniatura, el plus de la pequeñez periférica con el aliento de lo tan próximo. Luchar no era fácil: protestar y equiparse con ideas anti, versus conservar el desequilibrio con lo que fuese. Último tercio del siglo XX: no fue un simple cambalache. La Canarias Autónoma: perfectible, pero un soñado paraíso para quienes en el pasado padecieron nepotismo y autoritarismo.

Historia de ideas y mentalidades. Cada vez menos locales y distintos.

Integrados y no apocalípticos en los circuitos institucionales que vertebran lo insular con lo regional, nacional y la UE. Nuevas formas de estar y sobrevivir en el mundo. La UE que ha contribuido a domesticar las pulsiones más salvajes de nuestro capitalismo. La formación de la opinión pública palmera: el supermercado de narrativas, los ramalazos en las redes sociales, y el riesgo de volar bajo en el debate general de la isla y Canarias.

Religión y espiritualidad: más devotos de sus Vírgenes referentes que fieles de los rituales eclesiales

La religiosidad palmera y canaria: un tanto respetuosa al modo castellano, un andalucista apego por sus Vírgenes referentes (las Nieves y las Angustias, ambas en las ermitas de sus barrancos). Aceptable tolerancia, ausente lengua-

je blasfemador, limitada beatería. Transición religiosa, laicidad y agnosticismo creciente. Los palmeros alineados con el espíritu del tiempo que ventilan las sociedades contemporáneas. La antítesis de lo acaecido hasta el final del nacional-catolicismo. Ligazones de maternidad entre isla, mujeres de pueblos emigrantes y en la espiritualidad religiosa.

Los miedos: las sombras oscuras padecidas colectivamente

Primeros siglos tras la conquista finalizando el XV: los ataques de piraterías. Salpicados en los tiempos hasta mediados del siglo XX: las pandemias y epidemias. A cada rato: sequías que esquilaban el poco sustento de la mayoría minifundista y de la que alquilaba trocitos a la elite terrateniente. Los efectos en vida de malas políticas que terminaban trágicamente, especialmente los jóvenes: guerras externas y la civil. Levas de soldados y jóvenes movilizados para los frentes (guerras napoleónicas, África, Cuba). Cicatrices en la memoria colectiva: el símbolo del pan y la harina de helecho, el hambre, las atroces precariedades y los goteos de entierros en esos malos acontecimientos. Materiales para el imaginario de muerte y las ausencias.

Las fiestas, el lado alegre de la vida. La creatividad palmera en su cúspide

Pueblo festivo y cantarino, bailón y humorístico. Para Alberto Galván, antropólogo referente de Canarias, las fiestas son la quintaesencia de la celebración de los símbolos de la cultura local. Rituales estilizados de actividad recreativa compartida. Con sus polos ideológico y sensorial, asociando lo establecido con lo crítico, los deseos y emociones con los iconos de fechas y referentes de fuerte significado social. Excelencia en la calidad creativa del pueblo palmero volcado en sus fiestas señeras: las lustrales bajadas de la Virgen (las Nieves), con su magia estrella de los enanos; el Carnaval caribeño de los indianos; la loa a los Remedios en Los Llanos; los caballitos fufos de Tazacorte; el diablo de Tijarafe; la romería del Pino en El Paso; las cruces de mayo, la belleza de los arcos en el Corpus de Mazo, ... Manifestaciones de imaginación intensamente artísticas, originales, de festividad integradora. Uno de los más poderosos amarres en los recuerdos de los habitantes de La Palma.

Los decires y pensares, las músicas y aficiones con arraigos

Notable patrimonio de lo exteriorizado por los palmeros en forma de lo oral, lo escrito, lo pintado, cantado, sus gustos deportivos y la visualización de artes y actos culturales. Las influencias de burgueses ilustrados, las «paradas» en puerto que dejaban sus espectáculos; el semillero que sembraron las sociedades recreativas, ateneos y masones en pro de lo cultural; las plataformas de las fiestas; los buenos ejemplos de personajes con las aureolas de cultos, ... Historia insu-

lar jalonada de décimas y verseadores de puntos cubanos, folklore de tonadas propias, hablas con dejes muy locales, tradiciones de lo musical con gran seguimiento intergeneracional; fuerte apego al fútbol, la lucha canaria, los gallos, el baloncesto y caballos; recientemente los maratones, el ajedrez; y aquellos juegos infantiles de boliches, cometas (águilas), aros y combas, barquitos de bellotas por las atarjeas, carritos de latas de sardinas, fusiles de las badanas plataneras, las tirapiedras, ... En otra esfera, el fervor cineasta y por la radio (¡ay de la BBC a las 21 horas!), los éxitos de teatros y zarzuelas, las corales y las bandas, la afición por los juegos de azar y las querencias carteadoras, santiguadoras y carracotes (personas que arreglaban roturas de huesos). Y en su parcela privilegiada por sus ecos, los micromundos de lo escrito. Fuerte densidad de poetas y poetisas con escoraje al verso romántico y florido. Aquella muchedumbre de prensa y hojas volanderas, aunque no faltasen los «organillos de la fanfarria» (Juan Régulo dixit). La selecta colección de pintores, arquitectos, escritores y creadores de las modas y lo expositivo. Una isla seducida por el bien hablar y saber, el estilo de la retórica clásica y un humor socarrón y sarcástico, el ingenio de motes y nombres, las frases y dichos que siguen resistiendo el paso de los tiempos, ... Entiéndase bien, hemos extraído del tarro de este vector su néctar. Por supuesto, la amplia fracción de lo mediocre se da por descontada.

Las migraciones: salidas y llegadas, lo normal de una isla

Una de las más grabadas cicatrices de nuestra memoria colectiva. La emigración no fue solo una salida de nuestros bloqueos trágicos. Era un apartado incrustado en el visionario del *modus vivendi* de los palmeros. Quizás el momento que mejor refleja esa gravitación en nuestro ser y estar fue la pasión y ansiedad en cómo se siguió la guerra de Cuba, la intervención yanqui y el estatus en el que quedaría Cuba para los isleños. La amada y ansiada dulce madre, el qué será de nosotros sin Cuba. No sería el remate de las secuentes oleadas migratorias habidas desde la incorporación a la corona castellana y el lanzarnos de lleno en la oceanidad atlántica (las dos orillas). El ciclo fue multiplicado con el destino venezolano y mucho menos con un residual goteo de profesionales sin empleo que han empujado las recientes crisis financiera y de la covid19, que aún se padece. Entre medio, y en sentido contrario, La Palma ha recibido inmigrantes de Europa, retornados de Venezuela y gente de otros países iberoamericanos y de África. Tampoco ha faltado nuestra pequeña cuota de chinos que han cogido el relevo asiático de la colonia de la Unión India radicada en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XX (muy puntual en el caso palmero). Con la emigración, reservas e ingresos, emprendimientos, ensanche inmobiliario, cambios de propiedad, prácticas vitales de rentismo, pero también estiletos de culturali-

zación, incluido lo estético, relacional, musical, gastronómico, ... Alimentos que modificaron la inercial mentalidad social. Sostenemos que la resaca cubana fue diferente de la venezolana y aún más de los que eligieron Europa, Península, Reino Unido, y hasta los «embarques» en flotas europeas.

De personajes, parentescos, referentes y circunstancias especiales

En las sociedades con mucha proximidad (la proxemia), gran incidencia de las figuras de ejemplaridad, el mal vivir y convivir, las señales de afectos y cariños, las relaciones con tensiones por mil casualidades, ... Recogemos de esa inmersión recuerdos de todo signo, pero también un muestrario de detalles, historias mínimas, lecciones y malos ejemplos, experiencias que subsisten, y nada de lo vivido que fue enviado al diván y *span* del olvido. De lo mejor, los educadores que hacían descubrir el placer de conocer y de lo bueno que era de tener un curioso espíritu con alertas para conducirnos ante los dilemas de lo asumible y las malandanzas. La infinita fortuna de los afectos recibidos de los cercanos y las amistades, de los seres de nuestros distintos amores y esa estela grata buena sombra dejada por los ausentes que nos hicieron la vida mejor. En todo territorio, encontramos esa riqueza de lo humano y de aquello que nos produce lo indiferente. Resumiendo, fuimos y somos inteligencia sintiente y emocional, enfrentados a los avatares de circunstancias con toda variedad de sucesos y registros (sentimentales, aprendizajes, laborales, de salud, económicas, ...).

De las instituciones y organizaciones, esos marcos que establecen normas y prestan servicios

La cercana presión de autoridades, entidades institucionales, servicios a mano, el ambiente del sentirnos gobernados por lo que teníamos a ojos vista, las sutiles atmósferas de cómo se respiraba la libertad o su ausencia, y lo que era malo o prohibido, lo íntimo y lo interferido por una moral religiosa y política. No es comparable en la historia insular los tiempos de silencios amordazados y mandados por el dominante caciquismo, que el convulsionado y vitalizante periodo republicano; el larguísimo calvario franquista y nacionalcatólico, que ese arranque del último tercio del siglo XX, con el vivir en democracias donde los derechos y deberes van imprimiendo otra diferente manera del sentir lo institucional, la libertad y la pertenencia. En juego, las contextualizaciones de las subjetividades, el poder de los individuos para fabricarse su futuro dependiendo tanto de lo que facilitan las instituciones y los lugares donde se vive.

La complejidad de coexistir catorce vectores en el ecosistema territorial y espacial que enmarcan a las y los pobladores de la isla, no deja hueco a capri-

chosas causalidades determinísticas, inoculadas en los nacimientos. Y tampoco excluye la posibilidad de que, en ese caldo de cultivo, aclimaten personalidades exóticas respecto a los grupos dominantes que tipifican lo probable en ese ambiente y condiciones. Un cóctel donde las proporciones que arrojan los distintos ingredientes, serán internalizadas por cada habitante, esbozándoles una dosis personalizada a su forma de ser, comportarse y poseer intereses concretos. El «palmerismo» o la «palmeridad» que tiene cada quien, de esta isla, acreditará en su caso si el parecido a un prototipo del imaginario, es una ilusoria horma, o si dispone realmente de alas que le alejen de ese nido de acogida.

¡Y La Palma, nuestra estación de llegada!

Analizando lo escrito hasta ahora ¿en qué nos reconocemos?, ¿qué extraer de esa reflexión en nuestras dinámicas de lo experimentado en la isla? ¿cuánto de un debe y de un haber de bienestar y malestar, han tenido las vidas que se han venido sucediendo durante estos cinco siglos? ¿qué certeza histórica es esa de que los territorios son lugares de encuentro de distintas esferas de poder? ¿se parecen a lo practicado por esas religiones que han ido esparciendo en sus feligresías de culto a creencias, salvaciones y condenas, liturgias y ceremoniales?

Empecemos por nuestros comienzos históricos y démosle a nuestra historia del pueblo benahoarita, el exquisito tratamiento que actualmente está recibiendo de nuestras instituciones e investigadores e investigadoras, en lo relativo a descubrirles, conservarles, exponer sus creaciones y explicar haciendo comprensible el valor cultural de lo que hicieron.

No tengo el bagaje mínimo para enjuiciar la temática de la Conquista y siglos posteriores. Tómese pues como simples opiniones no autorizadas lo que a continuación transcribo. La Palma ¿conquistada o con asentamientos, según la valoración de Rumeu de Armas? ¿fue inocente o casual su inclusión en las expansiones imperiales europeas o ser un enclave meramente logístico en aquel incipiente capitalismo preindustrial? Una isla que, como el resto de Canarias, tal como ha dicho el ilustre paisano Juan Marichal, pasó de pronto de la protohistoria al Renacimiento europeo, recibiendo el aluvión de esquemas organizativos y operativos, de ideas y estrategias en las antípodas de lo que tenían nuestros pobladores originarios. Confrontación sangrienta en los epílogos iniciales. Repetición trágica, en otro contexto no equiparable, al del quinquenio de los años treinta del siglo XX con la cruel guerra civil y larga posguerra de represión y privaciones.

La Palma tuvo un arranque espectacular en el siglo XVI y XVII, capitalizando de manera multiplicadora una economía mercantil exportadora-importa-

dora, con estatus diferente al resto de la España continental. Puede decirse que la isla se sumergió de lleno en la vital ebullición del Atlántico occidental que unía la Europa de aquel entonces con el amplio abanico de colonias en otros continentes. La Palma como Canarias, empezó a acumular riquezas, edificando con esos capitales patrimonios en sus hábitats. En la recámara tenía la espita emigratoria cuando las circunstancias lo requiriesen. En verdad que este Atlántico que nos incluía, suponía idas y vueltas, propiciando ingeniosos intercambios y formas de hacer negocios y relaciones entre una y otra orilla.

En el registro de la inserción canaria a ese mundo atlántico, los productores canarios ingeniaron esfuerzos para diversificar sus fuentes de actividad económica. Sus conexiones con los países dominantes de ese capitalismo mercantil noreuropeo, trajeron talento personal, interés económico y familias predisuestas a integrarse en su entorno. Fue el embrión de esa representación burguesa que tanto influyó en la historia palmera. Pera esa vertiente de la Canarias extravertida, no puede relegar a un plano marginal los efectos de un dualismo productivo y social que le acarrea, con todas las letras, inmensas bolsas de pobreza y precariedad ante las oscilaciones de las cosechas, el terror de piraterías y enfermedades colectivas, las levadas soldadescas para allende las islas y el tener a mano las maletas preparadas para las emigraciones. Mientras, el poder caciquil heredado de los repartos de la Conquista, hacían del mosaico palmero un goyesco aguafuerte donde se contraponía la capilla oligárquica y dominante, la burguesía ilustrada y viajera poco rescatadora de las clases obreras y humildes, y esa mayoría tan numerosa de potenciales desamparados.

No tiene cabida en este artículo el que hagamos una recapitulación detallada de los hitos palmeros que han dejado impresos en su historiografía inscripciones al modo de marcadores impecados. Es conveniente que en nuestro objetivo de señalar aspectos destacados de la historia palmera, incluyamos aquello que haya supuesto avances sociales, o que son meritorias pruebas de valor y compromiso heroico en este difícil contexto insular. ¿Qué nos ha orgullecido en ese acervo común de los palmeros? Tomo partido por mencionar mis preferencias: a) El pleito de los regidores perpetuos, capitaneado con un arrojo digno de no olvidarse por el abogado Anselmo Pérez de Brito y por Dionisio O'Daly. Ellos persistieron sufriendo contratiempos, pero acabaron triunfantes sobre esa casta parasitaria de los «beatipresidentis»; b) La «resaca» que nos llegó de las Cortes de Cádiz de 1812 en cascadas de ideas, derechos y contestación a las sumisiones del triángulo dominante conformado por la oligarquía terrateniente y política, la iglesia constantiniana alejada de las clases populares y las andanzas de un militarismo inestable con la defensa de lo constitucional; c) Nuestro siglo de oro desde 1821. Un periodo de ebullición creadora y reformadora, perceptible en los avances de



La calle Real de Santa Cruz de La Palma.

la instrucción pública y el marco institucional. El ejemplar activismo cultural del cura Díaz, los liderazgos ciudadanos de Faustino Méndez Cabezola, los hermanos Ferraz, Elías Santos Abreu, A. Cabrera Pinto, Carballo Wangüemert ..., la masonería, la creación de la Cosmológica (1881), el periódico *El Time*, los hermanos Pedro y Alonso Pérez Díaz, el nacimiento del Cabildo Insular en 1913, el Colegio Santa Catalina y el primer Instituto de Enseñanza Media. A nivel colectivo en la isla se agita el apogeo de liberales y republicanos, la dialéctica entre cangrejos y carboneros (conservadores y progresistas), se populariza el bibanderismo político, la emergencia del sindicalismo de clase con los sindicatos obreros, arriba con fuerza el socialismo y El Radio comunista con los dirigentes de izquierda José Miguel Pérez y Hermenegildo Rodríguez. Un ramillete que tiene su expresión simbólica en el cierre de la Portada Grande de Argual (la sede caciquil máxima), y la valiente resistencia palmera antifranquista al alzamiento nacional con la Semana Roja; y d) Otra buena señal de La Palma, fue su espíritu atento para estar al quite del progreso científico. Ayer, en la vanguardia para tener electricidad; reciente, en ser un centro de excelencia científica en la investigación espacial. Y también ante la innovación social, ser primerizos en la democracia municipal (Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma), en la defensa de derechos ciudadanos. No podemos dejar de rendir tributo a tantas mujeres que dignificaron el paisaje social de la isla, manteniendo su pulso vital.

¿Hasta dónde lo que se viene exponiendo de La Palma y sus circunstancias, nos avalan para hacer inferencias plausibles de un significativo expresable en forma de imaginario identitario? ¿Dónde quedan esos clichés agarrados con chinchetas sobre los retratos en grueso de los palmeros? ¿Cuántos pertenecemos al gremio de los «judíos de Canarias» dada la especial relación que dicen tenemos con el dinero? ¿En qué bando se milita sobre la salud, en el de los hipocondriacos o en la legión de los profesionales sanitarios y asiduos familiarizados con ese servicio social? ¿Por qué tanto estudiante universitario y docentes en los censos de las Universidades Canarias? ¿Será cierto que también es alto el censo de palmeros con problemas mentales y psicológicos, o son estelas de saudades? Estas son algunas de esas «habladurías» que se mantienen en los regates cortos acerca de la gente palmera, sin anestesia alguna. Creo que no debemos descender a miserias pueblerinas originadas probablemente en las fuentes de graciosos y acomplexados del ingenio. Sí darle vueltas a hechos que tienen cierto eco colectivo sobre polvaredas o humaceras, que empañan no poco los afanes serios por construir imaginarios desprovistos de tópicos y de especulaciones que barnizan por fuera los discursos nacidos en determinadas disciplinas sociales. Si malos son los mapas de estereotipos, casi peores valoraciones nos deben producir las imposturas de bufonismo intelectual.

Las personas de valer y las que solo aspiran a ser del común de un lugar, responden a casuísticas donde el perfil que se tiene es el fruto de tres influencias: la que cada uno ponga en el empeño, a sabiendas que sus genes y voluntad propician umbrales de techo en lo que se puede alcanzar; lo que el habitus pueda arroparle a ese esfuerzo individual; y, por último, los estímulos que acompañan a las trayectorias, y que dependen casi siempre de lo que nos inducen esos otros a los que se presta atención (las buenas compañías y consejos). Por consiguiente, cada subjetividad se interacciona con este contexto, dominado en nuestro caso, por esos apuntados catorce vectores de presente y de histórico pasado. Lo que es seguro, es que esa realidad acogerá siempre diversidad de caracteres personales y de «palmerismos» de distinta intensidad o de nula carga viral. Cuantas menos diferencias existen en la diversidad, la cohesión es mayor debido a que ha internalizado un poderío social capaz de incardinar vidas con semejanzas acusadas. Las propagaciones de lo aleatorio estarían menos o más embridadas, por las fortalezas de aquello que fertiliza comportamientos y miradas introspectivas relativamente parecidas.

Apostilla de futuro

La Palma tiene déficit de futuro porque pocos confían en que se pueda producir un empujón regenerador en su tejido productivo y en que existan agentes y

organizaciones en su seno que sean capaces de capitalizar saltos operativos. Está claro que mientras no se apliquen cortocircuitos drásticos, las inercias y mentalidades dominantes están más cómodas con la contemplación de un lento declive que con lo que supone el vértigo de un riesgo colectivo innovador. No extraña esa configuración visionaria cuando hay tantas ataduras de rentismo y acogimiento al regazo público, y porque es cierto que no se antoja fácil superar las ventajas que tienen las islas capitalinas en el emprendimiento y la atracción inversora.

Las estrategias de disrupciones son meridianas con la detección de lo que podría hacerse. No basta con descubrir oportunidades, sino que hay que hacer todo lo posible por provocarlas

No es cuestión de esperar a que nos aparezcan paisanos guerrilleros imitando al garafiano Baltasar Martín, combatiendo a invasores. Es más útil y conveniente incentivar y fomentar equipos, redes para favorecer la combinación de las producciones con átomos y la hélice de lo digital. Átomos y/con bits. Ambos son complementarios y no excluyentes.

A los profesionales de la información y comunicación les cabe una desafiante participación, pues el proyectar cambios está unido a una modificación de los relatos y narrativas, de la comunicación y de los mecanismos del lenguaje persuasivo. En eso los y las periodistas y comunicólogos son muy necesarios para no dejar marchitar y dar a conocer estos empeños de apuestas encomiables.

Hacer marketing del lugar es diseñar un portafolio de proyectos, en cuya cartera debe primar el sentido común de hacer bien las cosas. Cuidar hasta extremos máximos lo que se emprende con intangibles diferenciales. Y eso enlaza con tres «reservas» que almacena un saber hacer de lo mejor de La Palma en términos de calidad y éxito intergeneracional: a) El espíritu artesanal, cultivando y cuidando presentaciones de esmerada calidad y estética en los objetos y servicios. Esto es profesionalizar con pasión la creatividad. Se apela a raíces que se tienen, aunque sean latentes, pero sabemos que se necesitan alas para remontar y capacidades para organizarse bien; b) Resolver los «agujeros negros» de nuestras fallas, desalentando las prácticas de confort pasivo y de resignación agónica. Hay que darle hueco y espacio a colectivos que respondan al perfil de la «clase creativa» recomendada por R. Florida. Personas que comparten en grupo el compromiso con un lugar, buscándoles ideas, proyectos y emprendedores. Se trata de aglutinar talentos, tecnologías, tolerancias y círculos de debates sobre lo posible en esta territorialidad. ¿Acaso no fue eso lo que hicieron en aquel siglo de oro, o en las luchas sociales e institucionales, personajes y entidades de lo descrito como lo mejor de La Palma?; y c) Hay por supuesto conflictos de visiones, pero también de intereses. La Palma debe aspirar a ser un lugar alejado de pesadillas y psicocrisis, pues no está condenada a erigirse en un museo de proyectos inacabados, o a servir de balneario o punto

del supermercado mundial al que apenas tenemos algo que vender. No es tiempo, ni ejemplo para que imperen los contempladores y resignados.

¿Para qué tener buenos recuerdos, conservar victorias en la memoria, o intentar producir un imaginario donde el orgullo capitalice lo creativo, si a partir de mañana nos limitamos a esperar que las Nieves y las Angustias, o los juegos de azar, faciliten un milagro inmerecido?

Un necesario epílogo breve

Las ponencias que se recogen en estas Actas han visto la luz pública y han sido tamizadas por sensibles audiencias de colegas interesados que han respondido a la invitación lanzada por los organizadores de estas jornadas periodísticas. Y lo han hecho en La Palma y en la Cosmológica, en un especial septiembre de 2020 regateando con exquisito estilo la amenazante presencia de la COVID-19. Habíamos superado, en alguna manera, lo de que ninguna sociedad escapa a que el diablo tenga algo que ver en ella. La elección de la Cosmológica palmera nos volvía a ubicar en un espacio cultural que estaba bregado desde sus inicios en esos combates de oscuros temores. Hacer herencia es una forma de innovación. Por ello ha sido bueno que sintiésemos el manto invisible de un *thymus*, esa parte del alma que siempre anheló el reconocimiento de la dignidad. Y creo que visto lo oído y analizado lo testimoniado, estas jornadas han cumplimentado aquel deseo de Certeau: «las ciudades [y los lugares] respiran cuando en ellas hay espacios para la palabra». ¡Vaya, sino, en la Cosmológica!

Bibliografía sucinta

General

- AA. VV. Islas (2006). Revista Sileno, vol. 20, primer semestre.
- AA. VV. Islas. La exuberancia del límite (2009). Revista de Occidente, núm. 342.
- AA. VV. Bajo el volcán (2008). Revista La Página, núm. 76.
- AA. VV. La fascinación insular (2010). Revista La Página, núm. 88.
- Álvarez, Albert (2012). Imaginarios sociales. Parnass ediciones.
- Álvarez Santos, J. L. (2018). De la Historia Atlántica a la nesología. Instituto de Estudios Canarios y Cabildo Insular de Tenerife.
- Broncano, F. (2019). Para una crítica de los imaginarios. Blog El laberinto de la identidad.
- Bilbeny, N. (2007). La identidad cosmopolita. Editorial Kairós.

- De Diego, E. (2008). *Contra el mapa: disturbios en la geografía colonial de occidente*. Editorial Ciruela.
- Fernández Reina, J. (2001). *La ciudad insular*. Archivo de Cádiz.
- Florida, R. Resumen en Wikipedia. 22/7/2018.
- Fukuyama, F. (2019). *Identidad*. Editorial Deusto.
- García Rodríguez, J. L. (editor). (2002). *Identidad y desarrollo local*. Cabildo Insular de La Palma.
- Habitus. *La sensación de estar en su lugar*. Grupo Akal. 27/7/2017.
- Korman, V. (2018). Determinantes simbólicos e imaginarios de la identidad. *Revista Psicoanálisis*. Vol. XL, núm. 1 y 2.
- Lussault, M. (2007). *El hombre espacial. La construcción social del espacio humano*. Amorrortu Editores.
- Maffesoli, M. (2010). *Iconologías*. Editorial Península.
- Ortiz, R. (2003). *Acuarelas sobre cristal líquido*. Entrevista en Clarín.com. 20 septiembre.
- Ortiz, R. (2005). *Mundialización: saberes y creencias*. Editorial Gedisa.
- Ortiz, R. (2007). *Identidad y diversidad: de la cultura local a la global*. Entrevista en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 12.
- Padura, L. (2015). *Yo quisiera ser Paul Auster*. *Ensayos selectos*. Editorial Verbum.
- Pujals, J. (1999). *Las nuevas fronteras de Cataluña*. Editorial Ariel.
- Sánchez Robayna, A. (2011). *Cuaderno de las islas*. Editorial Lumen.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso*. Marcial Pons.
- Valdés-Zamora, A. (2005). *El modelo insular en la escritura de José Lezama Lima*. *Revista América*, núm. 33.

Canarias y La Palma

- AA VV. (1997). *Los símbolos de la identidad canaria*. Centro de la Cultura Popular Canaria.
- Acosta Guión, D. (1988). *Al pan, pan, y al vino, vino*. Cabildo Insular de La Palma.
- Afonso Pérez, L. (2007). *Recuerdos y reflexiones de un octogenario*. Cabildo Insular de La Palma y ayuntamientos de Breña Alta y La Laguna.
- Barreto Vargas, Carmen M. (2002). *Identidad cultural en la isla de La Palma: espacios, imágenes y narrativas*. En el libro de García Rodríguez, J. L., op. cit. en *Bibliografía General*.
- Cobiella, L. (2003). *Comunicación vivida*. Centro de la Cultura Popular Canaria y Cabildo Insular de La Palma.

- De Paz Sánchez, M. (2003). *La Ciudad. Una historia ilustrada de Santa Cruz de La Palma*. Centro de la Cultura Popular Canaria y Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma.
- Galván Tudela, A. (1987). *Las fiestas populares canarias*. Interinsular Canaria.
- González Vázquez, S. (2004). *Historia contemporánea de La Palma (1766-2000)*. Revista de Estudios Generales de la Isla de la Palma, núm. 0.
- Henríquez, M. y Santa Ana, M. (eds.) (2019). *Canarios en la jaula identitaria. Selección de textos de F. Estévez González*. Mercurio editorial.
- López, E. y Cea, A. (1987). *José Pérez Vidal: entrevista sobre su vida*. Cabildo Insular de La Palma.
- López, E. (2020). *La isla del viento. Cartas Diferentes*. Ed. Isla de La Palma.
- López Mederos, J. M. (2004). *Sociedad La Cosmológica*. Revista de Estudios Generales de la Isla de La Palma, núm. 0.
- Martín López, D. y Álvarez Santos, J. L. (2010). *La atlanticidad de Canarias: una aproximación a la gestión de su identidad*. II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea. Septiembre de 2009. Granada.
- Pérez Hernández, J. E. (2007). *Las personas de valer. El mundo de la burguesía en La Palma en el siglo XIX*. Cabildo Insular de La Palma.
- Pérez Hernández, J. E. (2017). *Historia del Cabildo Insular de La Palma. 1913-1978*. Cabildo Insular de La Palma.
- Pérez García, J. (1985-1990 y 1998). *Fastos biográficos de La Palma*. Caja General de Ahorros de Canarias.
- Pérez González, R. (2008). *Insularidad, aislamiento, isleidad*. Servicio de Publicaciones de la ULL.
- Pérez Minik, D. (1968). *La condición humana del insular*. Editorial Azulia. 2018.
- Poggio Capote, M. y Hernández Correa, V. J. (2018). *El oficio de cronista en Santa Cruz de La Palma*. Cabildo Insular de La Palma.
- Régulo Pérez, J. (1975). *El cronista de La Palma. Juan Bautista Lorenzo Rodríguez. Época, vida y obra*. IEC. Colección Fontes Rerum Canariarum.
- Rodríguez Martín, J. A. (2018). *Futuro económico de La Palma. Ponencia en la Universidad de Verano de La Palma*. ULL. Los Llanos de Aridane, agosto.
- Vieira, A. (1992). *Portugal y las islas del Atlántico*. Ed. CEHA. Madeira.
- Viña Brito, A. (2015). *Espacios atlánticos del azúcar: precedentes canarios*. Ciencia Nicolaita, núm. 64.